UN SOL QUE ROMPA SOBRE LOS MUROS

A veces quiero perderme con el tren de Hermann Hesse y

atravesar montañas. Avanzo por la calle empinada y

levanto las suelas del asfalto hasta llegar a la línea de

ferrocarril; bajo al otro lado, evito a los muchachos que

juegan y me acerco al lugar donde me esperas.

Miro el juego de bolas y tus ojos claros: se insinúan dos

puntos debajo de la bata de casa. Una bola desparrama las

demás situadas dentro de la olla, me besas y camino al

interior de tu casa, al patio y oigo el arrebato de los

jugadores, puedo pensar que aun son niños o que apuesten

el dinero de esa manera.

Una vecina saluda desde el otro lado de la tapia y tomo el

café que me traes, veo tu contorno a trasluz cuando, con

un gesto involuntario, me paso la mano por el pelo y retiro

mis ojos de tu redondeces. Observo cómo limpias el piso,

me incrusto en el asiento, por fin pongo mis ojos sobre tu

cara y choco con esa mirada y recuerdo mi máquina de

escribir y algo que quisiera dejar plasmado.

Siento la necesidad de escribir mientras rememoro la

Playa de Marianao, el viento que llega desde el Coney

Island, surge la evocación del guarapo en la calle 51 y un

cartel desteñido que lo anuncia. Por eso, me monto en el

tren de Hermann y atravieso las montañas cuando alguien

empieza a comentar sobre el tiempo meteorológico o me

cuenta sus dolencias. Oigo lejano entre pitazos y el fragor

de la máquina, como se quejan de gases y eructan en mi

presencia para reafirmarlo; hacen interpretación de sus

síntomas mientras me alejo en ese tren que atraviesa la

pared donde lo he pintado sólo para mí. Me sorprendo

como el lobo estepario y traspongo el llano en llamas, me

acerco a las nieves del Kilimanjaro y me quito la camisa

debajo del techo de la última habitación; miro sus paredes

y conexiones eléctricas a medio hacer. Contesto una

pregunta y subo la ventanilla, me acomodo en el asiento y

no enciendo un cigarro porque olvidé fumar. Un

campesino me dice adiós y apresura las vacas que acarrea,

los postes pasan a gran velocidad dentro de este cuarto que

abandono y camino por el patio. El tren avanza y el humo

se confunde con el de las cocinas.

Oigo cómo baten huevos en un plato y el sonido remeda el

tren sobre los rieles, exprimes la colcha y puedo ver esas

montañas cuando te inclinas. Te premio y comprendes que

es hora de bajarme del tren, del cual eres una estación.